HAY RELATOS DE SF que, más que desarrollar una historia, buscan trazar un cuadro de una situación hipotética. Cuadro que, como en este caso, puede encerrar en su estatismo tanta o más tensión dramática que la típica estructura narrativa planteamiento-nudo-desenlace.

Zamyatin, salvado de la prisión por intercesión de Gorki, abandonó la URSS en 1931 y vivió el resto de su vida en París. Su novela «Nosotros» (publicada en 1924) es un claro precedente de «1984» de Orwell. El relato que sigue fue escrito en 1920.

LA CUEVA

Yevgueni Zamyatin

Glaciares, mamuts, yermos. Negros farallones nocturnos semejantes a casas; y en los declives, cuevas. Y nadie sabe quién trompetea por la noche en el rocoso sendero que corre entre los escarpes, quién alza el polvillo de nieve al escarbar en el camino. Quizá sea un mamut de trompa gris o quizá el viento. ¿Será el propio soplo helado del mugir del rey de los mamuts? Una cosa es cierta: estamos en invierno. Y hay que apretar los dientes para evitar que choquen entre sí, hay que partir leña con un hacha de piedra, y todas las noches hay que llevar el fuego de cueva en cueva cada vez a mayor profundidad. También es preciso envolverse cada vez mejor en pieles de animales muy peludos.

Un mamut de trompa gris vagaba por las noches entre los escarpes donde hacía muchos siglos había estado San Petersburgo. Y los cavernícolas, envueltos en pieles, mantas y harapos de toda clase, se retiraban de cueva en cueva. En la fiesta de la Intercesión de la Virgen, Martín Martinych y Masha cerraron el estudio. Semanas más tarde, huyeron del comedor y se alojaron en el dormitorio. No había más lugares adonde retirarse. Allí tendrían que resistir el sitio o morir.

En la cueva dormitorio de San Petersburgo, las cosas aparecían tan revueltas y sucias como pudieron estarlo los animales refugiados en el arca de Noé por causa del reciente diluvio. Una mesa de estudio, de nogal, libros, mondaduras que parecían hechas con arcilla de alfarero, Scriabin-Opus 74, una plancha, cinco patatas tan repeladas que parecían de marfil, jergones, un hacha, un *chiffonier*, leña… y en el centro de este universo, su dios, el voraz dios de la cueva, un dios de patas cortas y oxidadas; la estufa de hierro fundido.

El dios zumbaba poderosamente. Un gran milagro cálido en la oscura cueva. La gente… Martín Martinych y Masha, silenciosamente, con adoración, agradecidos, tendían sus manos hacia el dios.

Durante una sola hora fue primavera en la cueva. Durante una hora, las pieles de animales, garras y colmillos quedaron a un lado, y los brotes verdes…, los pensamientos…, lucharon por abrirse paso en la corteza de hielo del cerebro.

—Mart, ¿has olvidado que mañana…? Sí, veo que lo has olvidado.

En octubre, cuando amarillean las hojas, se marchitan y caen, algunas veces hay días de ojos azules; en estos días se echa hacia atrás la cabeza para no ver la tierra, y casi se puede creer que la alegría y el verano aún están ahí. Lo mismo ocurre ahora con Masha. Si se cierran los ojos y solamente se escucha su voz, todavía se puede creer que ella es la misma, la vieja Masha. En un momento dado se echará a reír, saltará de la cama y le rodeará a uno el cuello con ambos brazos. Y lo que has oído hace una hora —un cuchillo raspando sobre un cristal— no era su voz, no era ella…

—Mart, Mart… Ahora como siempre. Nunca solías olvidarlo. El día 29, día de Santa María, día de mi santo.

El dios de hierro fundido todavía zumbaba. Como de costumbre, no había luz. La luz llegaba a las diez. Las feas y desiguales bóvedas de la cueva parecían oscilar en la altura. Martín Martinych, sentado sobre los talones, toda su persona tensa, ¡tensa!, todavía miraba, con la cabeza echada hacia atrás, el cielo

de octubre para no ver los labios marchitos y deslucidos. Y Masha…

—¿Sabes, Mart? ¿Y si encendemos la estufa por la mañana como primera labor del día? Para que la jornada sea como ahora mismo. ¿Qué? ¿Cuánto tenemos? Todavía debe de quedar un cordel en el estudio.

Había pasado mucho, mucho tiempo, desde que Masha podía llegar por sí sola hasta el estudio helado; ya no sabía cuánto. Pero ¡ata el nudo con más fuerza, con mucha más fuerza!

—¿Un cordel? ¡Mucho más! Creo que debe haber…

De repente, la luz. Las diez en punto. Y, estremeciéndose, Martín Martinych cerró los ojos y giró la cabeza hacia otro lado. Era más duro en la luz que en la oscuridad. En la luz podía distinguirse claramente. Su propio rostro estaba arrugado como si fuese de arcilla (muchas personas tenían entonces rostros de arcilla…, retrocediendo incluso hasta Adán). Y Masha…

—¿Sabes, Mart? Lo intentaría, quizá podría levantarme si encendieras la estufa por la mañana.

—Desde luego, Masha, desde luego. En un día así… Por supuesto, será lo primero que haga por la mañana.

El dios de la cueva se agotaba, empezaba a crujir. En aquel momento se mostraba pacífico, lamentándose con débiles chisporroteos. Abajo, en casa de los Obertyshev, un hacha de piedra partía los nudosos troncos de una vieja gabarra. Otra hacha de piedra estaba partiendo en pedazos a Martín Martinych. Un trozo de Martín Martinych dirigió una arcillosa sonrisa a Masha y molió peladuras secas de patatas en el molinillo de café para freírlas luego.

Otro pedazo, como un pájaro que entrase en una habitación desde el exterior, se lanzó ciegamente, estúpidamente, contra el techo, las ventanas y las paredes: «¿Dónde puedo encontrar leña…, algún trozo de leña?»

Martín Martinych se puso la chaqueta, se abrochó un cinturón de cuero (existe un mito entre los cavernícolas que asegura que de

ese modo se mantiene más caliente el cuerpo) e hizo ruido con el cubo, en un rincón, cerca del chiffonier.

—¿Adónde vas, Mart?

—Es sólo un momento. Abajo, a buscar un poco de agua.

En la oscura escalera donde el agua vertida de los cubos se había convertido en hielo, Martín Martinych permaneció un rato inmóvil, oscilante, suspirando hondo. Después, haciendo sonar el cubo como si fuera la cadena de un presidiario, bajó a casa de los Obertyshev.

Disponían aún de agua corriente. El propio Obertyshev abrió la puerta, ataviado con un abrigo que ceñía a su cintura con una soga. Rostro sin afeitar, un rostro parecido a un desierto en el que sólo creciesen polvorientos hierbajos. A través de la maraña de hierbajos, una dentadura amarillenta y el relampagueante movimiento de la cola de una lagartija…, una sonrisa.

—¡Ah, Martín Martinych! ¿Un poco de agua? ¡Entra, entra!

Imposible girar sobre los talones con el cubo, en el estrecho espacio que quedaba entre la puerta exterior y la interior, porque el lugar estaba lleno de leña. Martín Martinych se golpeó dolorosamente una cadera al chocar con la leña, que ocupaba un profundo hoyo en la arcilla de la pared.

En la cocina, Obertyshev abrió el grifo, sonriendo.

—Bien, ¿y cómo está la esposa? ¿Cómo está?

—Lo mismo, Alexei Ivanych, lo mismo. Y mañana es el día de su santo y no tengo más leña.

—Usa las sillas, Martín Martinych, y los cajones. También los libros. Los libros hacen un fuego excelente, excelente.

—Pero tú sabes que todo el mobiliario del apartamento es del propietario. Todo, excepto el piano.

—Comprendo, comprendo. ¡Mala cosa, mala cosa!

En la cocina, en aquel mismo instante, el pájaro extraviado empezó a volar locamente, lanzándose de un lado a otro. De

pronto, con terrible desesperación, su pecho chocó contra la pared.

—Alexei Ivanych, yo deseaba solamente cinco o seis trozos.

Los amarillentos dientes aparecieron de nuevo entre la maraña de hierbajos. Los dientes pedregosos y amarillos que saltaban desde los ojos. Todo en Obertyshev era una dentadura protuberante, unos dientes que se hacían más y más largos.

—Martín Martinych, ¿cómo puedes pedirme eso? No tenemos bastante para nosotros. Sabes cómo están las cosas, lo sabes, lo sabes muy bien.

¡Apretar más el nudo! ¡Todavía más fuerte! Martín Martinych alzó el cubo y volvió a atravesar la cocina, el oscuro vestíbulo y el comedor. En el umbral de este último, Obertyshev extendió una mano resbaladiza y rápida como una lagartija.

—Bien, adiós. No olvides cerrar la puerta, Martín Martinych. Las dos puertas. De lo contrario, es muy difícil mantener la casa caliente.

Afuera, en el oscuro y helado rellano, Martín Martinych dejó el cubo en el suelo y cerró la primera puerta. Escuchó, pero solamente oyó el seco temblor de sus miembros y su agitada respiración.

En el estrecho pasadizo que separaba ambas puertas, extendió una mano y tocó un tronco, otro y otro más. ¡No! Rápidamente salió al rellano y empezó a cerrar la puerta. Sólo tenía que hacer un poco de fuerza para que la cerradura funcionara por sí sola.

Pero no pudo hacerlo. No tenía fuerza para cerrarla sobre Masha al día siguiente. Lucharon dos Martín Martinych en mortal combate: el viejo que había amado a Scriabin y sabía que no debía hacerlo, y el nuevo, el cavernícola, que sabía que debía hacerlo. Apretando los dientes, el cavernícola estranguló al viejo, y Martín Martinych, rompiéndose las uñas con la prisa, abrió la puerta y extendió una mano hacia la pila de leña. Un trozo, un cuarto, un quinto bajo su abrigo, otro prendido en el cinturón y uno más en el cubo. Cerró la puerta y subió las escaleras a saltos. Cuando se hallaba a mitad de su ascensión, se detuvo de repente

sobre un helado escalón y arrimó la espalda a la pared. Acababa de sonar otra vez la cerradura de la puerta, más abajo, y se oyó la voz de Obertyshev, preguntando:

—¿Quién es? ¿Quién está ahí…?

—Soy yo, Alexei Ivanych. Yo… olvidé cerrar la puerta. Quería… regresé para cerrarla mejor.

—¿Tú? ¡Vaya! ¿Cómo has podido olvidarlo? Hay que tener más cuidado. Ya sabes que hoy día hay mucho ladrón. ¿Cómo pudiste olvidarlo?

Día 29. Desde muy temprano, por la mañana, un cielo bajo, algodonoso. Pero el dios de la cueva había llenado su vientre a primera hora y comenzó a zumbar alegremente. No importaba el cielo tormentoso, no importaba Obertyshev contando sus leños. Nada importaba. Todo era igual. «Mañana» era una palabra desconocida en la cueva. Tendrían que transcurrir siglos para que los hombres supiesen lo que significaban «mañana» y «pasado mañana».

Masha se levantó y, vacilante bajo un invisible viento, se peinó como en los viejos días, el pelo a los costados con raya en el medio. Era como una última hoja marchita que cae revoloteando desde su árbol ya desnudo. Del cajón central de su cómoda, Martín Martinych extrajo papeles, cartas, un termómetro, un pequeño frasco azul (lo ocultó apresuradamente para que Masha no lo viera), y, finalmente, del más oculto rincón, una caja de negra laca. En su interior había, ¡sí!, verdadero té. Inclinando hacia atrás la cabeza, Martín Martinych escuchó la voz, muy parecida a la de antaño:

—¿Recuerdas, Mart? Mi cuarto azul, el piano con su cubierta y el pequeño caballo de madera; el cenicero también sobre el piano. Yo tocaba y tú te acercabas a mí por detrás.

Aquella misma tarde se había creado el universo, la asombrosa máscara prudente de la luna y el sonar de la campanilla del vestíbulo que cantaba como un ruiseñor.

—¿Recuerdas, Mart? La ventana abierta, el cielo verdoso y, más abajo, como de otro mundo, el gaitero.

El gaitero, milagroso gaitero, ¿dónde estás?

—Y en el muelle, ¿recuerdas? Las ramas de los árboles todavía desnudas, el agua rosada y un último témpano de hielo flotando a la deriva, como un ataúd muy blanco. Y el ataúd nos hizo reír porque nosotros jamás moriríamos. Nunca. ¿Lo recuerdas?

Abajo comenzaron a partir leña con un hacha de piedra. De repente se detuvieron. Alguien corría y gritaba. Y, dividido en dos, Martín Martinych vio con una de sus mitades al inmortal gaitero, al inmortal caballo de madera y al eterno témpano de hielo; y con su otra mitad, jadeante, se vio en compañía de Obertyshev contando los troncos de madera. Ahora, Obertyshev había dejado de contar. Ahora se estaba poniendo el abrigo. Sus dientes eran enormes. Furiosamente golpeaba la puerta y…

—Espera, Masha; creo que hay alguien en la puerta.

No. Nadie. Todavía no. Aún era posible respirar, inclinar la cabeza hacia un lado y escuchar la voz… muy parecida a la de antaño.

Crepúsculo. Estaba envejeciendo el 29 de octubre, atisbando con los ojos opacos y atentos de una vieja arrugada, y todo parecía encogerse y hundirse bajo la insistente mirada.

Cada vez eran más bajas las bóvedas del techo, el armario, la mesa de despacho, Martín Martinych, la cama. Todo se aplastaba, se alisaba, y en la cama Masha, como un papel.

En el crepúsculo llegó Selikhov. Era el jefe de la casa. En otro tiempo había pesado más de cien kilos. Ahora pesaba la mitad, y embutido en su abrigo se parecía mucho a una rata cogida en un cepo; pero aún conservaba su tonante risa.

—Bien, bien. En primer lugar, Martín Martinych, felicidades a tu esposa en su onomástica. ¡Desde luego, desde luego! Obertyshev me contó…

—¿Un poco de té? Un momento, sólo un momento… Hoy tenemos auténtico té. Ya sabes lo que significa, ¡verdadero té!

—¿Té? Muy bien; preferiría champaña. ¿No tienes ninguna botella? ¡No me digas! El otro día un amigo mío y yo lo pasamos

muy bien bebiendo un poco de Hoffman. Bueno, la cosa fue que nos emborrachamos. «¡Soy Zinoviev! —me dijo a voz en grito en un momento dado—. ¡De rodillas!» ¿Te das cuenta qué borrachera? Y después, cuando me iba a casa atravesando el campo de Martian, me encontré con un hombre que no llevaba encima más que la camiseta, como lo estás oyendo. Me detuve y le pregunté: «¿Qué es lo que ocurre?» Y él respondió: «¡Oh, no mucho! Acaban de dejarme desnudo unos granujas. Me voy corriendo a casa de Vasilievsky.» ¿Te das cuenta de que también estaba borracho?

Aplastada como un papel, Masha reía sobre la cama. Tenso como un nudo, Martín Martinych rió a carcajadas más y más fuertes, para alimentar a Selikhov con más combustible, para arrojar más leña a su fuego. Si no dejara de hablar, si continuara diciendo algo más…

Pero Selikhov se estaba agotando. Guardó silencio tras emitir un breve gruñido. Se agitó en el interior de su enorme abrigo y se puso en pie.

—Bien, mi querida señora, por favor, su mano. ¡Suyo siempre! ¿No lo sabías, Martín Martinych? Ahora se dice así: ¡Suyo siempre!

El suelo oscilaba bajo los pies de Martín Martinych. Se apoyó en el quicio de la puerta, sonriendo. Selikhov se ajustó sus botas de nieve y el abrigo.

Luego, silenciosamente, tomó a Martín Martinych por un codo, abrió sin hacer el menor ruido la puerta del helado estudio y, también silenciosamente, tomó asiento en el sofá.

El pavimento del estudio estaba helado. El hielo crujió suavemente, se apartó de la orilla y sus pedazos flotaron río abajo con Martín Martinych. Desde la distancia, desde la orilla, la voz de Selikhov apenas era audible.

—En primer lugar, mi querido señor, debo decírtelo: aplastaría a este Obertyshev como a un piojo, lo juro por Dios. Pero ya me entiendes, si se queja oficialmente, si dice: «Mañana informaré a la policía.» ¡Semejante piojo! Sólo puedo aconsejarte. Ve hoy mismo a su casa y mete todos esos troncos en su garganta.

El pequeño témpano se deslizaba cada vez más velozmente. Diminuto, no más grande que un alfiler, Martín Martinych respondió, hablando consigo mismo y no acerca de la leña. ¿Qué significa esa palabra «leña»?

—Sí, muy bien. Hoy. Ahora mismo.

—¡Excelente! ¡Excelente! ¡Maldito piojo!

La cueva aún estaba oscura. Frío, ciego, hecho de arcilla, Martín Martinych tropezó torpemente contra la pila de cosas amontonadas de cualquier manera por la inundación. Durante un instante se sobresaltó. Una voz que sonaba como la de Masha, una voz del pasado:

—¿Qué hablabas con Selikhov? ¿De qué? ¿Tarjetas de racionamiento? Y yo tendida ahí, Mart, y pensando: «Si pudiese reunir alguna energía y luego irme a alguna parte, dejar que el sol…» ¡Oh, gritas! Como si me escupieras. Sabes muy bien que no puedo soportarlo… ¡No puedo! ¡No puedo!

Como un cuchillo sobre el cristal. Pero ahora ya no importaba. Sus manos y pies se habían convertido en mecánicos. Para alzarlos y bajarlos, Martín Martinych necesitaba cadenas y cabrestantes. Y un hombre no podía hacer girar un cabrestante, porque se necesitaban tres. Haciendo fuerza sobre las cadenas, Martín Martinych puso en el fuego una tetera y una sartén. Echó al fuego el último leño de Obertyshev.

—¿Oyes lo que te estoy diciendo? ¿Por qué no respondes? ¿Me escuchas?

Por supuesto, aquella no era Masha, aquella no era su voz. Martín Martinych se movió más y más lentamente, hundiendo los pies en la movediza arena, y cada vez se le hacía más difícil hacer girar el cabrestante. De repente, la cadena se deslizó del cepo, el brazo cayó tropezando torpemente con la tetera y la sartén. Todo se estrelló contra el suelo. El dios de la cueva siseó como una serpiente. Y desde la distante orilla una voz extraña y aguda se hizo oír.

—¡Lo estás haciendo a propósito! ¡Fuera! ¡Sal de aquí enseguida! ¡No necesito a nadie!

Había muerto el 29 de octubre, el inmortal gaitero. Los témpanos flotantes en el agua rosada y Masha. Era correcto y necesario. No habría un imposible mañana, ni un Obertyshev, ni un Selikhov, ni Masha, ni Martín Martinych. Todo debía morir.

El autómata y lejano Martín Martinych tendría que realizar algunos movimientos. Atender al fuego de la estufa, recoger la sartén y poner a hervir, una vez más, la tetera. Quizá Masha dijera alguna cosa más. Probablemente ya lo había dicho, pero Martín Martinych no lo había oído. No quedaba nada, excepto el monótono dolor de las abolladuras en la arcilla, hechas por las palabras, por las esquinas del *chiffonier*, por las sillas, por la mesa de trabajo.

Martín Martinych, lentamente, extrajo de los cajones de la cómoda paquetes de cartas, el termómetro, un trozo de cera de sellar, la caja del té y más cartas.

Finalmente, de algún lugar recóndito en uno de los cajones, extrajo el frasco de color azul oscuro.

Las diez en punto. La luz continuó encendida. Eléctrica, dura, fría como la vida y la muerte en la cueva. Y junto a la plancha estaban el Opus 74, las mondaduras y el pequeño frasco azul.

El dios de hierro fundido zumbaba con benignidad, devorando el papel de las cartas, el pergamino amarillo, azulado, blanco. La tetera hacía sonar su tapa llamando la atención sobre sí misma. Masha se volvió.

—¿Está hirviendo el té? Mart querido, dame…

Entonces ella lo vio. Un instante, perforado por la luz eléctrica cruel, clara, desnuda: Martín Martinych agachado ante la estufa. Las cartas brillando en rosa como las aguas del río bajo el sol, poniente, y allí, el frasco. El frasco azul.

—¡Mart! Tú… tú quieres… ya…

Silencio. El dios de hierro devoraba con fantástica indiferencia las palabras blancas, tiernas. amargas, inmortales. Y Masha, con la misma sencillez que había pedido té:

—¡Mart, querido! ¡Mart, dámelo!

Martín Martinych sonrió desde lejos.

—¡Pero si ya lo sabes, Masha! Sólo hay para uno.

—Mart, pero si de mí ya no queda nada, de todos modos… Esto ya no soy yo, porque de todas maneras pronto estaré… Mart, ya me entiendes. Mart, ten piedad de mí. ¡Mart!

¡Ah, la misma voz de antaño! Y si se inclinaba la cabeza…

—Te mentí, Masha. No tenemos ni un solo trozo de leña en el estudio. Fui a casa de Obertyshev, y allí, entre las puertas, robé, ¿lo comprendes? Y Selikhov dijo: «Bien, debes devolverlo en seguida.» ¡Pero lo he quemado todo, todo! No me refiero a la leña. ¿Qué significa eso de «leña»? ¿Me comprendes?

El dios de hierro dormitaba con indiferencia. Casas, escarpes, mamuts. Masha, como vacilante llama, se apagaba.

—Mart, si todavía me amas, ¡recuerda, Mart! Mart querido, dámelo.

El inmortal caballo de madera, el gaitero, el témpano de hielo. Y aquella voz. Martín Martinych se incorporó lentamente, tomó de la mesa el frasco azul y se lo entregó a Masha.

Masha arrojó la manta a un lado y se levantó, sonrosada, vivaz, inmortal, como el río bajo la puesta de sol, hacía largo tiempo. Cogió el frasco y se echó a reír.

—Bien, verás… No ha sido por nada por lo que estuve tendida aquí, soñando con irme. Enciende otra lámpara, ésa, la que está sobre la mesa. Así. Ahora pon algo más en la estufa. Quiero fuego…

Sin mirarla, Martín Martinych tomó unos cuantos papeles de la mesa y los arrojó en el interior de la estufa.

—Ahora, ve a dar un paseo. Me parece que debe de haber salido la luna, *mi* luna, ¿lo recuerdas? No olvides coger la llave, porque cerrarás la puerta y no habrá…

No, no había luna. Las nubes parecían bajas, espesas y oscuras, como un techo abovedado, como una enorme cueva silenciosa.

Estrechos e interminables pasillos entre las paredes y escarpes helados, negros como casas, y en los escarpes huecos profundos, iluminados en rojo. Allí, en aquellos agujeros, la gente se sentaba junto al fuego. Una ligera corriente gélida alzaba el polvillo blanco bajo los pies, y sobre el blanco polvo las formaciones rocosas, las cuevas, los hombres en cuclillas. Y sin que nadie los oyera, sonaban los formidables pasos de algún desconocido y monstruoso mamut.